

El debate económico, en un cono de sombra¹

Jorge Vasconcelos
jvasconcelos@ieral.org

Cuando se desata una guerra, se sabe que la primera víctima es la información fidedigna. La analogía podría ser válida para la Argentina 2011, ya que los argumentos de campaña difícilmente permitan echar luz sobre los grandes temas a los que deberá enfrentarse la economía en el futuro mediato. Es cierto que en toda contienda electoral hay un sesgo de los distintos candidatos a exagerar los beneficios y ocultar los costos de las políticas que proponen. En ocasiones, las circunstancias los obligan a ser más precisos, como está ocurriendo en el Perú en estos días. Pero, en el caso argentino, será una sorpresa poder asistir, de aquí a octubre, a una discusión madura acerca de los desafíos a enfrentar.

Las posiciones de los distintos candidatos se dirimen sin que exista un contexto de crisis aguda, como en otras ocasiones. Esto hace que, por ejemplo, las cuestiones de seguridad tengan prioridad por sobre las puramente económicas. En este terreno, la diferenciación se limita a matices, sólo distinguibles por los expertos.

Pero además, en cada cambio que apunte a introducir determinado candidato, su contendiente más cercano se apurará a subrayar los costos de esa eventual medida, lo que hará pensar dos veces al primero la conveniencia de exponerse.

¹ Artículo publicado en el diario La Voz del Interior, el 30 de Abril de 2011

Por ejemplo, si se aspira a lograr un sendero descendente para la tasa de inflación, es inevitable trabajar sobre el gasto público, diseñando un plan para moderar su expansión.

En el pasado, esto ponía sobre alerta a los empleados públicos, tradicionalmente los que absorbían el grueso de las partidas presupuestarias. Pero hoy, el destino del gasto público (a nivel nacional) está comprometido en cuatro grandes actores, y cada uno de ellos hará valer su voz: cada 100 pesos que gasta el sector público nacional, hay 35 pesos que solventan jubilaciones y pensiones; 12 pesos para obra pública; 15 pesos para sueldos de estatales y nada menos que 24 pesos en transferencias al sector privado, predominantemente subsidios.

Lo racional es plantearse un sendero descendente para los subsidios. Pero, ¡cuidado!. Esto podrá ser interpretado como una propuesta para encarecer el boleto de colectivo o de subte en Buenos Aires, junto con las tarifas de gas y electricidad. El asunto es que allí está el grueso de los votantes.

Así, para evitar ese tipo de interpretaciones, lo más probable es que los cambios que se nos propongan resulten en dosis imperceptibles.

Otro ejemplo interesante es el de la medición de la inflación. Que se salden las controversias alrededor de los índices es muy relevante para el país. Pero quien asegure que la inflación es mayor y que esto debería ser reconocido por el INDEC, se habrá de enfrentar al rechazo frontal de quienes argumentan que los índices oficiales conllevan el beneficio de pagar menos por la deuda pública ajustable por CER. ¡Traidor a la patria! habrá de ser la más suave de las críticas que reciba.

Del lado del oficialismo habrá de ocurrir otro tanto, aunque de signo inverso. Hay funcionarios que están preocupados por el lento crecimiento del empleo privado en los últimos tres años. Pero en público nunca lo habrán de reconocer. Por lo tanto, es difícil saber cuan realista es el diagnóstico oficial acerca de los problemas económicos a resolver.

Del mismo modo, hoy la política para defender las reservas del Banco Central parece consistir en la introducción de infinitas restricciones a las importaciones y a las compras de dólares en el mercado oficial de cambios. ¿Es un esquema transitorio, diseñado para

"llegar" o octubre?. ¿O se cree sinceramente en el gobierno que este tipo de medidas puede ser sustentable en el tiempo?. La brecha hoy entre el dólar oficial y el paralelo es de 4 %. Cuando por un mismo bien se pagan precios distintos en una economía, aparecen malos incentivos y la energía empresaria, en lugar de dirigirse a mejorar la competitividad, se orienta a la captura de esas rentas. Después de todo, ¿alguien conoce un negocio más rentable que un arbitraje que puede dejar un 4 % diario?.

Mientras tanto, la reconciliación entre el debate económico y la campaña electoral parece difícil. Haciendo una analogía con un partido de fútbol, tenemos a los visitantes (la oposición) timoratos para atacar por temor a caer en "off-side" y a los locales (el oficialismo) conformes con el empate, porque ese resultado los clasifica.

Lo que deberíamos aceptar es que lo que se disputa no es precisamente la copa del mundo, sino el podio de un campeonato regional. Para jugar en las grandes ligas, la Argentina necesita remontar varias divisiones. Un país en el que sólo el 15 % de su población detenta trabajos formales en el sector privado (en Brasil es el 18 % y en España el 35%), en el que la brecha de ingresos es de 21 a 1 entre el 10% más rico de la población y el 10% más pobre (ratios semejantes a los de 1993/94), es un país que necesita levantar la puntería de sus discusiones económicas.

No se trata de inventar nada, sino de observar con objetividad experiencias comparables. A esta altura del siglo XXI, las políticas voluntaristas que intentaron "igualar hacia abajo" ya ni intentan ser exportadas por sus principales protagonistas. En cambio, los esquemas que apuntaron a "igualar hacia arriba", caso de Noruega o Canadá, hoy ofrecen muy interesantes lecciones para países como la Argentina. Sólo se necesita ajustar el foco.